

EMOCIONES

Somos animales emocionales. Muchas de nuestras decisiones obedecen más a respuestas impulsivas que a una reflexión racional. Nuestro cerebro rápido, la forma de actuar sin pensar que nos permite funcionar en el día a día nos suele jugar malas pasadas. Las emociones son fácilmente manipulables. Parte de la psicología y su aplicación al marketing económico y político se dedica a desarrollar técnicas de manipulación, al servicio de quien tiene poder y dinero para pagarlas. Muchas de nuestras relaciones más estables, la familia, el patriotismo, el club deportivo del que somos fans, la religión tiene que ver con un proceso formativo de nuestras emociones que nos convierte en adictos. Lo malo no es la fidelidad, es el fanatismo. Uno puede tener lealtad con un proyecto político, con una familia, con un país y ser crítico y capaz no sólo de reconocer los defectos sino de intervenir para rectificar lo que hacen mal.

A los adeptos, a los fanáticos se les ha imbuido que todo el mal está fuera y todo el bien en el grupo del que forman parte. Son incapaces de ayudar a rectificar, son combativos, a veces feroces, contra los críticos exteriores. Las peores tragedias de la humanidad se han producido cuando un sector amplio de población se ha apuntado a una de estas asociaciones cerradas: el nazismo es quizás el mejor ejemplo que todos conocemos, pero no el único. En todo hay grados. Pero cuanto más emocionales sean nuestras respuestas mayores probabilidades tenemos de generar un desastre. Estos días predominan las emociones. De muchos tipos. Algunas comprensibles, como las provocadas por la pérdida de seres queridos o personas a las que conocíamos. O la indignación por conocer el estado en que estaban la mayoría de servicios públicos, las condiciones indignas en las que mucha gente tiene que pasar el confinamiento, la situación de pobreza que el virus ha hecho emerger. O el miedo con los efectos de la crisis económica, el temor a la pérdida del empleo. Otras, mucho menos respetables. Derivadas de nuestro largo adoctrinamiento consumista, que nos hace considerar la buena vida el simple mantenimiento de unas rutinas de consumo en muchos casos intrascendentes.

Los peores comportamientos que están aflorando en la presunta vuelta a la normalidad tienen que ver con estas respuestas emocionales, con gente que es incapaz de entender que puede pasar más tiempo sin montar un fiestorro, o tumbarse horas y horas en la playa o cualquiera de las múltiples tonterías que circulan por los medios y las redes. Y mucho más preocupante es la respuesta de los fanáticos que simplemente buscan el culpable en alguno de sus enemigos del otro lado. De momento el enemigo es el Gobierno, pero las víctimas propiciatorias pueden proliferar. Hoy mismo circula un artículo de el Heraldo de Aragón que explica el acoso en las redes a una científica. Y mañana pueden ser los extranjeros, de alguna nacionalidad en concreto etc. (Por cierto, los presidentes autonómicos acusaban al Gobierno de casi asesino por no cerrar sus fronteras ahora son los que más pían exigiendo abertura y atracción de turistas foráneos). Hace unos días un amigo me escribía con la pregunta ¿Cuánto estallará la rabia? El problema es que rabia hay ahora mucha y en diversas direcciones. Más que estallar la rabia lo que necesitamos que estalle es la racionalidad. Y que se convierta en una demanda por encontrar soluciones a los numerosos problemas e injusticias que esta crisis ha puesto en evidencia. Más cabeza y menos tensión emocional. Lo que no quiere decir ni indiferencia ni despreocupación. Entre otras cosas porque cuando la cosa va por la vía de la tensión algunos solemos estar siempre en el bando que acaba recibiendo.